

ciano, y con la misma atencion, y aun mas, la habia oido el esposo de Rufina, puesto á la ventana de su aposento, con harto dolor de su corazon, oyendo cosas que le tocaban tanto en su honra; y aunque era oír mas en su afrenta, quiso atender á la respuesta de Roberto, que fué esta: Señor Feliciano, no me admiro que vuestro cuidado haya descubierto en mí el que tengo de galantear á la señora Rufina, pues os toca lo que me habeis significado, ni tampoco que os admireis como amante que yo haya emprendido esta pretension, de que no sabeis los fundamentos que tiene; yo tampoco quisiera hacer alarde de mis dichas, mas es fuerza que las oigais para que no culpeis mis pasos. Yo soy muy antiguo favorecido de esta dama, y he llegado á lo que vos; por cierto accidente he estado fuera de su gracia hasta ahora, que pretendo volver á ella; y si me admite, como lo espero, habréis de prestar paciencia, que no solo no desistiré de esta pretension, pero haré todo mi poder para que no se os acuerde de la que teneis en proseguir en vuestro martelo.

De esto resultó sacar las espadas los dos, porfiando Feliciano que habia de ser el que quedase con la prenda, y Roberto que no; con que la espada del que poseia al presente fué mas dichosa en quitar la vida á Roberto de una cruel punta por la tetilla izquierda, con que no pudo aun decir Jesus. Desdichado fin de los que andan en estos pasos, solicitando mujeres ajenas, pues no llegan á parar en menos que este desdichado. El rumor de las espadas fué poco, porque la de Feliciano atajó con la brevedad del efecto que se hiciese pública la pendencia; y así no lo sintió nadie en el barrio, si no fué Sarabia, que era tan á su costa como se ve. Para que no se hallase allí el cuerpo de Roberto, anduvo advertido Feliciano en cargar con él y llevarse en hombros hasta una portería de un monasterio, donde le dejó, y él se retiró á otro hasta ver en qué paraba aquello. Sarabia, confuso con lo visto y irritado contra su adúltera esposa, fulminaba en su aposento venganzas de su honor, admirado de cuán poca lealtad le habia guardado Rufina, la cual, descuidada de lo que entonces pasaba, dormia á sueño suelto. Lo primero que Sarabia pensó en su venganza fué subir á la cama donde dormia su alevé esposa y matarla á puñaladas, mas consideró haber visto llevar aquel difunto de allí á su homicida, y que si le quitaba la vida, se le habia de imputar á él el delito de haber sido sin causa, y para esto tendria dos testigos contra sí en sus dos criadas; resolvíase á darla veneno con secreto, que fuese obrando algun tiempo, y parecíale que no cumplia con su justo enojo en dilatar lo que pedia breve ejecucion; por otra parte, determinaba irse de Sevilla y dejarla, y esto no estaba fijo, porque dejaba muchas cosas pendientes al juicio de las gentes, que podrian decir lo que quisiesen en oprobio de un hombre de su edad; con esto volvió al primer intento, que fué acabar con la vida de Rufina, y antes de ejecutar este rigor, que no lo era, sino justo castigo de su pecado, le pareció dejar escrito en un papel la causa de haber hecho aquel homicidio, para disculpa suya.

Con esto tomando recado de escribir, comenzaba á dar cuenta en un pliego de su agravio y venganza, y pareciéndole que no le daba las razones ponderativas que su agravio pedia, le rompía y comenzaba á escribir otro; de esta suerte rompió tres, con harta afliccion de su espíritu, porque como Sarabia era de edad, cualquiera accidente de pena era mucho para afligirle, cuanto mas un agravio tan conocido contra su honor, que á otro de mas ánimo hiciera dudar mucho en sus resoluciones. Al fin, despues de haber roto los tres papeles, comenzó á escribir el cuarto mas á satisfaccion suya, si bien paró en él, porque habiendo de nombrar á los ofensores de su honra, no sabia el nombre de ninguno, por no los haber conocido. Bien sabia Sarabia que lo que le tocaba era buscar á los adúlteros y quitarles primero la vida, y luego á su mujer; mas no los conociendo, bastante venganza era quitarla á ella la vida; en estas perplejidades pasó gran parte de la noche, escribiendo, borrando y rompiendo papeles, con grandísima afliccion suya. Resuelto pues de acabar de una vez, habiendo pensado antes lo que habia de escribir sin borrar ni romper, marginó otro pliego, y habiendo escrito lo mas de la sustancia de su ofensa, le sobrevino tal accidente de pena escribiéndolo, que fué bastante para ahogar los espíritus vitales y acabar con su vida, cayendo en el suelo el cuerpo falto del alma, que habiendo fulminado venganza, llevaba el pasaje no muy á parte segura.

Todo esto pasaba en su casa, y Rufina estaba, descuidada de todo, durmiendo; despertó, y hallando vacío el lugar que habia de ocupar su esposo, le comenzó á llamar; y como no le respondiese, tomó un manteo, y bajó á su escritorio, donde á la luz que habia en él vió á Sarabia tendido en tierra, falto de vida; alborotóse Rufina, y comenzó á llamar á sus criadas; levantáronse, y fueron testigos de aquel espectáculo, de que no poco quedaron admiradas de tan extraño accidente; solemnizaron con llanto sordo, por no alborotar la vecindad, la malograda muerte de su dueño, y Rufina de su esposo; y queriendo subir el cuerpo al cuarto principal donde asistia, reparó en el papel que tenia medio escrito, y en él leyó estas razones.

«Para que la justificacion mia sea notoria á los que »leyeren este, habiendo visto mi rigor, digo, que ha »sido procedido del poco recato de mi alevé mujer, pues »profanando el santo sacramento del matrimonio, lazo »con que á los dos nos unió la Iglesia, sin atencion »al demasiado amor que la tenia, admitió dos empleos »á un tiempo; siendo esto causa de que, por preferirse »el uno al otro, el mas desgraciado muriese; siendo »yo testigo de vista de esta desdicha, y el oyente de »mi deshonra, haciéndome el cielo su ministro para »castigar este...» Hasta aquí llegó con la pluma, donde se le afligió el corazon de manera que ahogándole los espíritus vitales espiró.

Admirada quedó Rufina de lo que veia y leia; de modo que por media hora no fué señora de sus acciones, considerando que pocos son los secretos ocultos, pues permite el cielo que se revelen, ó para enmienda nues-

tra, ó para castigo. En ella puso gran temor y afliccion la muerte del buen Sarabia; temor de ver cuán arrebatada habia sido, pues cumplió en morirse con el sentimiento que de su agravio tuvo; afliccion de verse con su esposo muerto, sin saber qué traza dar para disimular su muerte; lo que estaba de su parte era el haberle mostrado siempre amor. Siendo causa esto de acelerar su muerte, pues no pensara tal de la voluntad que le mostraba; y así, viendo lo contrario Sarabia y desengañándose, acabó en breve con su vida; el haberle mostrado afliccion y vivir en tanta conformidad la alentó á seguir el consejo de una de las dos criadas que tenia, que era de quien fió sus travesuras, que la dijo que pudiese á su esposo en su misma cama, y que al amanecer hiciese el mayor sentimiento que pudiese, viéndole muerto á su lado; que ella y la otra compañera la ayudarian al disimulo, publicando haberle muerto el haber cenado tarde y mucho aquella noche; así se hizo. Llegado pues el dia, Rufina comenzó á dar tantos gritos, que alborotó la vecindad; ayudaban al duelo las dos criadas, con que los vecinos mas cercanos pasaron á su casa, hallando á Rufina tendida en el duro suelo, medio vestida y fingiendo un desmayo. Ya ella habia quemado el papel de su esposo, porque no fuese hallado para su daño. Procuraron algunas amigas hacer que volviese en su acuerdo con remedios, que fueron en balde, y vuelta tornó á su llanto y siendo un lienzo el encubridor de las pocas ó ningunas lágrimas que vertia. Contaron la causa á que atribuyeron la muerte de Sarabia sus criadas, diciendo haberle advertido no cenase tanto, que en un hombre de su madura edad era grande exceso, con que los que lo preguntaron se satisficieron. Acudió la justicia, que nunca falta en estas ocasiones; y con el alabono de la vecindad, en lo bien que se hubieron estos dos casados, se les quitó toda la sospecha que podian concebir de esta repentina muerte. Enterróse el buen Sarabia, y con la turbacion con que Rufina estaba no cuidó de lo que otras viudas, que era ocultar bienes; y así, un sobrino del difunto, acabado de enterrar á su tío, cargó con todo cuanto habia en casa, y fué menester pleito para sacarle de su poder en lo que Rufina habia sido dotada.

Volvamos adonde dejamos el cuerpo de Roberto, que siendo á la mañana hallado de los religiosos, no le conociendo, quisieron enterrarle; mas un ciudadano les advirtió que primero le hiciesen poner en parte pública para que fuese conocido; que si era hombre que tuviese padres ó deudos en aquella ciudad, era bien que supiesen su desgracia, y ellos no perderian nada, pues si tenia hacienda participarian del bien que harian por su alma y del gasto de su entierro; parecióle bien al prelado; y así, se llamó á la justicia, dándole cuenta de cómo aquel jóven habia sido hallado en su portería muerto; púsose el cuerpo en una placeta fuera del convento con dos cirios ardiendo, donde á poco rato que allí estuvo hubo quien le conociese y diese razon de quiénes eran su padres, llevándoles la lastimosa nueva, que en su vejez fué bien sentida su muerte, habiéndole

su anciano padre pronosticado lo que le sucedió, porque sus travesuras no podian parar en menos. Hizose luego su entierro en aquel convento, y la justicia trató de averiguar su muerte; mas como Sevilla es tan gran poblacion, quedóse para siempre por saber quién fué el homicida; solo Rufina lo supo, viendo ausente á su galan y ser el muerto Roberto, de cuya muerte se alegró no poco, porque le tenia mortal odio por lo que con ella habia hecho; fué dicha no haber reparado en la sangre que el difunto dejó en la callejuela sin salida, que á ser vista de la justicia, no lo librara bien la señora Rufina, con los indicios de ver allí los vecinos cada instante los dos pretendientes.

CAPITULO IV.

Queda Rufina viuda y pobre; se reune con un antiguo amigo de su padre llamado Garay; entre los dos tratan de robar á un indiano llamado Marquina, y medios de que se valen para conseguirlo.

Ya tenemos á Rufina viuda, y lo peor de todo pobre; pues viéndose así, con su condicion traviesa, era fuerza valerse de su buena cara para sustentarse. Esto se entiende en las poco consideradas, que en las prudentes buscan modos honestos para pasar la vida; y como esto lo hacen con el fin de no ofender á Dios, así les abre camino para que se remedien.

Acabadas las honras funerales de Sarabia y apoderado su sobrino de la hacienda, se le entregó á Rufina la que le tocaba de arras en que fué dotada cuando se casó. Con esto le fué fuerza mudar de habitacion en diferentes barrios y en casa mas barata, pues su caudal no era para pagar la que tenia, que Sarabia se portaba muy lucidamente.

No logró tampoco el sobrino la herencia, como se pensó, que como su tío tenia tantas correspondencias con sus agencias, acudieron los acreedores á hacer cuentas con él; y despues de hechas, fué muy poco lo que le quedó; de manera que su codicia se hubo de acomodar á lo que le vino.

Rufina, moza, briosa y lozana, en nuevos barrios, no trató de dejarse ver de la juventud tan presto como otras, que en enterrando á sus maridos, luego salen á desenfadarse y á ser vistas, para con esto tratar de otro matrimonio. Habia llegado en la flota del Perú un hidalgo de la Montaña, que comenzando por criado de un mercader de Sevilla, aumentó su caudal á costa de su amo; y el poco trato que tuvo en Indias le acrecentó de manera que vino á ser mayor cada dia, y en pocos años se halló poderosísimo; este habia pasado al Perú con un buen empleo; y allí, doblando su caudal, volvió á Sevilla en la flota de aquel año con otro de mayor cantidad, donde en Sevilla se deslizo de él, vendiendo sus mercaderías como quiso; de suerte que ganó al doble con mucha felicidad. Era Marquina, que así se llamaba el perulero, hombre de cincuenta años, ya cano, el hombre mas miserable que crió naturaleza, porque aun el sustento de su cuerpo se le daba con tanta limitacion, que ayunaba por ahorrar; su familia era

corta, porque no tenía en su casa sino lo forzoso para su servicio, un agente, un muchacho, un esclavo negro que tenía cuenta con un macho, y un ama que le guisaba lo poco que comía; y á toda esta familia traía tan muerta de hambre, que se juzgaba á milagro en Sevilla que hallase quien le sirviese; de las miserias del perulero Marquina se hablaba mucho en Sevilla, contándose graciosos cuentos, que á otro que no á él afrentaran; mas al tal perulero se le daba muy poco, tratando de ahorrar, con que tenía mucha cantidad de dinero.

Oyó Rufina las cosas de este hombre, y parecióle ser bueno hacerle una estafa que le escociese, y ella saliese con ella muy medrada. Había Marquina tomado por una deuda á un correspondiente suyo, que había quebrado, una heredad fuera de la ciudad, la cual él no poseyera para su recreo, por no atender á mas que á vincular hacienda, si no fuera por acomodar su deuda, y así hubo esta posesion en muy poco dinero. Estaba cerca del monasterio de San Bernardo, en un campo muy ameno que allí hay; en esta heredad vivía por ahorrar de casa; tenía la bien guardada de ladrones, con fuertes puertas, gruesas paredes y muchas rejas en las ventanas; dentro se proveyó de lindas escopetas, que tenía siempre cargadas y asimismo de chuzos y partesanas, que tenía junto á la puerta. Hubo de recibir, para beneficiar la huerta y sacar provecho de ella, un hortelano casado, que salía á vender la hortaliza y fruta que la huerta producía; tanta era la codicia de Marquina! Su tesoro le tenía detrás de donde dormía, muy guardado en fuertes arcas de hierro, y en el aposento algunas escopetas cargadas para defenderlo; todas las noches continuamente reconocía la casa, viniéndose á ella á recoger antes que llegase la noche, y con este cuidado vivía el pobre azacan de su hacienda, sin tener hijos á quien la dejar, porque nunca se había casado, ni tenía ánimo para ello, aunque le salían muchos casamientos con cantidad de hacienda.

Pues como Rufina se dispusiese á burlar á este avariento, el modo con que trazó esta burla fué valiéndose de un personaje muy á su propósito; era el tal un antiguo amigo de su padre Trapaza, hombre que había en Madrid hecho algunos delitos cuando mozo, y ahora hacía poco que se había retirado á Cádiz, y de allí á Sevilla; este andaba encubierto en aquella ciudad, valiéndose de un dinerillo que en buena guerra había ganado, y tratábase con Trapaza; era único en esto del arte de rapiña, aunque temeroso de que le acumulasen, si cayese en manos de la justicia, hazañas pasadas, que había hecho bastante cantidad, andaba recatado; conocióse con Trapaza de pocos días que había estado en galeras, saliendo él de esta penitencia bogavante cuando Trapaza entró, y alcanzóle allí pocos días, con que se comenzó la amistad, y se continuó en Sevilla.

Este, que Garay se llamaba, fué el que eligió Rufina para apoyo de su burla ó estafa; era hombre anciano, y habiéndole ensayado en lo que debía hacer, un día en que Marquina estaba en la lonja en sus negocios, por parte de tarde, poco antes que viniese á recoger-

se, que era casi á puestas del sol, pasaron por la quinta, Rufina en un sardesco, y Garay en un rocín; iba la tal hembra sin los hábitos de viuda, muy bizarra, con un vestido de camino y su capotillo, y sombrero con plumas, en su jumento con jamugas; pues así como llegaron á la quinta fué á tiempo que el hortelano abría la puerta de ella; llegóse á él Garay, y díjole: Buen señor, á mí me importa que esta dama no entre esta noche en Sevilla, y desearé que se quede en esta quinta por esta noche, si gustais de ello; y adviértoos que de lo hacer se seguirá mucho bien, pues excusaréis un gran daño que podría suceder si no se queda aquí, y será quizá costarle no menos que la vida. Dudó el hortelano el hacerle aquel gusto, temiendo el rigor de la condicion de su amo, que sabía de ella no gustar que á nadie le diese entrada en la quinta, y así se lo dijo; mas Garay, sacando unos reales de á ocho de la faltriquera, le dijo: Esto os ofrezco por paga, y mucho mas, si mas quereis. Ofrecía esto en ocasion que la mujer del hortelano salía á ver con quién estaba su marido hablando, y oyó la plática, y aun vió la oferta, codiciándose á la alegre moneda que le daban, con lo cual animó á su marido á que recibiese en su casa aquella mujer, diciéndole que pues su señor tenía su cuarto tan apartado de su habitacion, podía bien admitirla, que no habían de ser tan desgraciados que aquella noche reconociese la casa y su aposento; tanto le supo persuadir la hortelana á su marido, que alcanzó con él que la huésped se recibiese en su casa secretamente; y así se hizo, dándole Garay seis reales de á ocho, por principio de paga, ofreciéndoles mucho mas. Con esto se apeó Rufina en sus brazos, y la entraron en la quinta, despidiéndose allí de Garay y llevando él ya el orden que diríamos, que guardó en su lugar. Quitóse en la casa del hortelano el rebózo que traía, y dejóles á marido y mujer muy pagados de ver su buena cara, aunque Rufina mostraba una gran tristeza en ella, como que le hubiese acontecido un gran fracaso, que es lo que ella traía ya pensado de referir, si surtía efecto su pretension con el avaro Marquina. Apenas el sol fué puesto, cuando él llegó á su quinta en su macho, y delante el negro; llamó, y fuéle abierta la puerta, y luego él mismo, como acostumbraba, la cerró con llave, y esta se la guardó. Venía algo cansado, con que por aquella noche no hizo mas que tomar una poca de fruta de su huerta, que aun en conserva no la tenía, y con un poco de pan y una vez de agua irse á acostar, reconociendo primero su cuarto, sin bajar al del hortelano, que tambien le reconocía; cenó la familia bien moderadamente, por ser aquel día viérnes, que los hacia ayunar sin devocion, y así pasaron hasta la mañana, que á su hora cierta madrugaba; y dando al esclavo recaudo para su despensa, mientras él estaba en la lonja, volvía con lo que había de comer á la quinta, y se aderezaba para cuando Marquina volviese. Rufina se halló algo dudosa de conseguir su intento, por parecerla que se disponía mal para él; mas esperando mejor ocasion, dió á entender á los hortelanos que

sentía la tardanza de su tio, que así llamaba á Garay, y con esto se mostraba muy melancólica, procurando divertirla de esto la hortelana, que muy despejada era.

Vino á medio día Marquina á comer á la quinta, y mientras se le acababa de aderezar la comida, quiso ver la noria de la huerta y reconocer en ella cómo estaba, por si tenía necesidad de algun aderezo, y halló faltarle alguna madera para que anduviese mejor en el riego de las legumbres; con esto quiso tambien ver en la casa del hortelano si había alguna leña de la que se traía para estos aderezos que pudiese aprovechar para ellos; y así entró por su morada en ocasion que la hortelana le vió venir, la cual algo turbada hizo que Rufina se escondiese en un aposentillo que detrás de aquel donde dormía estaba; esto no se pudo hacer con tanta presteza que Marquina llegando allí no oyese rugir seda y aun viese la sombra de Rufina, y algo alterado se entró por el cuarto del hortelano, que era en lo bajo de la casa de la quinta, y no paró hasta llegar al aposento que cerraba Rufina, donde la halló; ofendido por entonces de que sin su licencia se hubiese dado entrada en su quinta á gente de fuera de casa, sacó por la mano á Rufina á lo claro, y viéndola de tan buena cara, quedó admirado de verla; y en vez de esperar la hortelana reprensiones de su señor por haberla traído allí, solo lo que le oyó fué preguntarla que qué dama era aquella. A esto le dijo la hortelana que el día antes había llegado allí con un hombre anciano, viniendo los dos muy congojados, y que les rogaron muy encarecidamente que á aquella dama le diese albergue aquella noche, por excusar una desdicha que esperaban si pasaban adelante, y que esta había sido la causa de usar contra sus órdenes aquella piedad. Mientras la hortelana le decía á Marquina esto, él estaba muy atento al semblante de la forastera dama, la cual le tenía muy triste, con que acrecentaba mas su hermosura; de modo que tuvo allí tanto poder, que con ella pudo traspasar los inviolables preceptos de Marquina y aun hacer baterías en su avaro pecho; y así, ajeno de su condicion, con afable rostro, llevado mas de la ternera que de la severidad, dijo á la hortelana: Habeis andado muy bien en haber admitido á esta señora, no obstante mis órdenes, porque con tales sugetos no se han de observar, y mas en casos donde la piedad obliga á dar favor á los que necesitan de él; esta señora merece mas agasajo que el que ha recibido en tan mal hospedaje como el de mis hortelanos, y si es servida, se le ofrezco en mi casa, como se debe á quien es. Agradecióle Rufina el ofrecimiento, y suplicóle que no tratase de darle de aposento, porque aquella tarde esperaba á su tio que había de volver por ella; que para tan poco tiempo no era razon dar enfado á quien deseaba servir; sintió Marquina, ya medio amartelado, que la parada de Rufina en su quinta fuese por tan breve tiempo, que quisiera fuera por mucho; y con todo la dijo que aunque allí no estuviese mas de una hora, era bien que recibiese el servicio que le ofrecía con tanta voluntad. Deseaba Rufina llegar á esto, y así le dijo que por no pa-

recer grosera ni ingrata á su hidalga oferta; aceptaba la merced que le hacía; con que subió arriba, llevándola del brazo la hortelana, contentísima de ver tal mudanza en la condicion de su amo, que era aquello muy fuera de su apretada condicion. En lo alto de la casa vió Rufina muy buenas colgaduras de verano, frescas sillas de vaqueta de Moscovia, curiosos bufetes y escritorios de ébano y marfil, que aunque miserable, no lo era para el adorno de sus piezas Marquina, el cual mandó luego á su esclavo, dándole dinero, que le comprase para una espléndida comida; él lo hizo diligentemente por saber que había de disfrutar de aquella largueza poco usada en su señor. Comió Rufina en compañía de Marquina, regalándola él con mucho cuidado, partiéndole los mejores bocados con mucho gusto, y no menos amor, que ya estaba rematado por ella. Despues de la comida la entró en una cuadra adornada de curiosas pinturas, adonde estaba una cama con un pabellon de la India, y en ella la suplicó que reposase la siesta y despudiese cuidados, que estando en su casa, donde la deseaba tanto servir, todo se había de hacer bien, teniendo en ella mucha seguridad de no ser ofendida, caso que se temiese de aquel daño. De nuevo agradecióle Rufina estas finezas, y obedeciéndole, se quedó sola en el aposento, que era antes el en que Marquina dormía; él se bajó á unos entresuelos, adonde pasó la siesta con no poca inquietud y cuidado, penado por la huésped que tenía en su casa, no sabiendo cómo la obligaria para que le favoreciese, pareciéndole que si en este estado se viese, seria el mas feliz del mundo. Primero de entablar su amorosa pretension determinó saber de ella su pena y la causa de haber venido á su quinta, para ver si había impedimento que estorbase el no la servir; para saber esto aguardó á que despertase; ya lo estaba Rufina, pensando en todo el tiempo que estuvo echada en la cama lo que le había de decir cuando la preguntase su venida allí. Pues como viese el avaro Marquina ser hora de recordar á su huésped, entró en su aposento diciéndola que hacia la tarde pesada para dormir, y que le perdonase el avisárselo, que lo hacia con celo de que no la hiciese daño alguno. Agradecióle el buen deseo que del aumento de su salud mostraba tener, y aseguróle que desde que se había echado en la cama no había dormido mas que entonces, porque sus cuidados no la daban lugar para quietudes y alivios. Suplicóla Marquina con mucha ternura que se sirviese darle parte de su pena, si la causa lo pedia; que la ofrecía, si él era parte para remediarla, servirla en cuanto se la ofreciese. Agradeció de nuevo Rufina su hidalga oferta; y porque ya vió ser tiempo para comenzar á urdir su tela, habiendo tomado asiento cerca del enamorado avariento, le dijo así:

Granada, ilustrísima ciudad de nuestra España, es mi patria; mis padres, cuyos nombres callo por no ser á propósito decirlos, son de los dos mas antiguos y nobles solares que hay en las montañas de Búrgos; de su matrimonio no tuvieron mas hijos que á un hermano

mio y á mí; mi hermano dió la parte que á la juventud le tocaba, ya enamorando mujeres y ya tratando con amigos de su misma edad, que con el ocio y regalo solo tratan de hacer travesuras, con que algunos excesos que hizo en este particular le tenían ausente de Granada, temeroso de la justicia, que le seguía los pasos para castigarle algunas travesuras; yo trataba solo del regalo de mis ancianos padres y de acudir á mi labor, bien ajena de otros entretenimientos que veía tener á mis amigas, antes aborreciendo sumamente los que significaban que tenían, porque no sabía qué cosa era amor ni aun ponerme á una ventana para ser vista, y así hacia donaire de cuanto me decían en orden á sus empleos amorosos; parece que tomó el amor por su cuenta la venganza de estas amigas de quien hacia burla, y así la ejecutó bien á mi costa; porque estando un día mis padres fuera de casa, en la de un deudo suyo que se le había muerto su esposa, sentí en la calle rumor de espadas, como que había alguna trabada cuestión en ella, y púseme á ver lo que era á la ventana, que nunca tal pensamiento me viniera, pues de ponerle en ejecución vengo á llorar ahora tantas desdichas; vi por mi mal acuchillar tres hombres á uno solo, el cual se defendía con tanto esfuerzo y valor, que por un rato estuvo á pié firme defendiéndose con mucho aliento y ofendiendo á sus contrarios, de modo que tenía heridos á los dos en la cabeza, y él también lo estaba; con verse maltratados los tres, procuraron concluir con la vida del que solo se les oponía, y así, con la rabia de verse heridos, le comenzaron á apretar de manera, que le fué fuerza irse retirando hasta la puerta de mi casa, adonde le dieron dos heridas en el pecho, de que cayó dentro en el zaguan de ella casi sin aliento. Moviéme á compasión ver tratar tan ásperamente y con tanta ventaja á aquel bien dispuesto jóven, y bajé de lo alto al zaguan, llamando á mis criadas para hacer lo que pudiésemos por favorecerle, que la calle estaba en un barrio solo de gente; y así, la que acudió fué poca y sin armas para ponerlos en paz; cerramos las puertas de casa y recogimos dentro al herido, haciendo luego llamar á un cirujano que tratase de su cura. Vino al punto, y haciéndole que se acostase, le dí por cama la que mi hermano tenía en unos aposentos bajos. Agradecido el jóven al agasajo que halló en mí, que comenzó por piedad y acabó en amor, vióle el cirujano las heridas, y por entonces no supo qué juzgar de ellas, aunque por mayor me dijo eran peligrosas: cosas que comenzaron á darme cuidado, porque de haberle visto con el valor que procedía en la pendencia, le estaba inclinada; él se me mostró muy agradecido á mi piadoso agasajo, manifestándolo con las razones que el poco aliento con que estaba le concedía. Vinieron mis padres de cumplir con su obligación, y antes de entrar en casa supieron de un vecino suyo, hombre de prendas y anciano, lo que pasaba y cómo yo había atajado la pendencia con haber dado entrada al herido en su casa, movida del celo de que no le matasen; holgáronse de que hubiese usado de aquella piedad en tiempo de tan-

ta necesidad con aquel hidalgo, que era á la condición de ellos muy conforme, é inclinados á estas cosas. Viéron al herido, y teniendo compasión de su desgracia, le animaron á que se esforzase, y ofrecieron servirle en su casa, y á mí me agradecieron el haber sido causa para que no le matasen entrándole en ella, con que yo me animé á usar mas piedades con el herido, que hoy me cuestan caro. A la segunda cura dijo el cirujano no ser mortales las heridas, con que nos dejó á todos contentos, y á mí mucho mas, que cada día crecía mi afición. Todas las veces que yo estaba desocupada, á luto de mis padres, acudía á verle, y él mostraba de esto particular gusto. Era este hidalgo natural de Pamplona, y de lo mejor de aquella ciudad; asistía en Granada á un pleito que tenía con un poderoso contrario, y viendo este su poca justicia y el rigor con que los jueces le habían de condenar, quiso con otro mayor echar por el atajo y librarse de su contrario, haciéndole matar á los tres, que criados suyos eran, por tener el pleito mas llano. Bien pasó un mes primero que Leonardo, que así se llamaba el herido, se levantase de la cama, siendo en todo este tiempo servido y regalado en casa con mucho cuidado. El segundo día que se levantó tuvo lugar de verse conmigo, por tener mi madre una visita á que yo no asistí, deseando hallar lugar para verme á solas con mi huésped. El me significó su amor, y yo le correspondí con no desestimarle sus deseos, con que desde aquel día quedó entre los dos asentado un firme amor. Poco había que mis padres me trataban un casamiento con un hidalgo de Granada, que había mostrado gusto de este empleo; y cuando yo había tomado el del mio se prosiguió en esto con mas fervor. Supo Leonardo lo que pasaba y sintiólo notablemente; pero no pudo disponer de su persona hasta ver fenecido su pleito, tratando esto con mis padres; su sentencia la esperaba cada día, y así luego que saliese tenía pensamiento de pedirme por su mujer. Con esto iba yo entreteniendo á mi padre para que no se apresurase en casarme con el de Granada. Acabó de convalecer Leonardo, y quedando muy agradecido al agasajo que se le había hecho, que reconoció y pagó con muchos presentes, así de cosas de comer como de cosas de valor, se fué á su posada, tratando luego de que se feneciese con su pleito; pero en tanto yo le tenía muy malo, pues sin darme parte mi padre de lo que hacia en mi casamiento, lo efectuó é hizo las capitulaciones de él. Dióme luego cuenta de lo que había hecho, que me atravesó el alma con aquellas nuevas tan penosas para mí. Vino el novio á verme, y halló en mi poco agasajo y menos gusto, con que salió bien disgustado cuando esperaba salir de mi presencia muy gustoso. Finalmente, como no era necio, echó de ver que el no estar yo gustosa nacía de mayor causa que del recato de doncella; y como había sabido el hospedaje del herido, presumióse que él había causado este disgusto, habiéndosele anticipado en ganarme la voluntad; y con el celoso furor que le procedió de esta sospecha, que era tan verdadera, procuró averiguarlo mas de raíz, por no

hacer cosa de que despues se arrepintiese; que si esto liciesen muchos, no saldrian los casamientos tan torcidos, prevenidos antes de otros empeños; yo me vi en este confusa; dí parte de esto á Leonardo, y él lo sintió mucho. Vióme aquella noche, que en otras acudía á verse conmigo, y en ella concerté salirme la siguiente de casa de mis padres, llevándome él á la de unas deudas suyas, para sacarme por el vicario al otro día. Llegóse la hora esperada, bien desdichada para mí por lo que me sucedió; y saliendo de casa en compañía de mi amante, al doblar la esquina de la calle en que vivía, nos estaba esperando mi novio, que todas aquellas noches era un Argos en la calle para certificarse de sus sospechas, y salióle aquí mas verdaderas de lo que quisiera; y así, luego que nos conoció, acompañado de dos criados suyos, acometió á Leonardo, que le cogieron descuidado; y fué de manera su acometimiento, que antes que tuviese lugar de sacar su espada, ya con las tres sus contrarias se halló herido de tres estocadas mortales, con que cayó allí muerto sin hablar palabra. Al ruido de la pendencia sacaron luces los vecinos, con que los agresores huyeron temiendo ser conocidos. Ya en casa de mi padre había alboroto, siendo en ella echada de menos; lo cual conocido de mí, viéndome en esta confusión, afligida con la muerte de mi amante, solo tomé por remedio dejar los chapines, y con las basquiñas en la mano, á todo correr irme á casa de un conocido de mi padre, muy pobre y anciano, á quien dí cuenta de lo que me había sucedido y de cuánto importaba no parar en Granada; y así, tomando un rocín, me puse en él, y caminamos hasta el primer lugar, donde en otra cabalgadura me ha traído hasta aquí huyendo de alguaciles y de mi padre, que en busca mia han partido; que esto hemos sabido en el camino. Parecióme no entrar en Sevilla luego que llegué á ella, temerosa de que á sus puertas no me hallase quien me venia buscando; y así, tomé por mejor acuerdo quedarme en esta quinta, donde á puras importunaciones mías el hortelano me albergó por aquella noche. Esta es la historia de esta desgraciada mujer, no teniendo otro consuelo en ella sino haber hallado en vuestra quinta el agasajo que me habeis hecho. El cielo os pague obra tan pia, pues lo es muy grande socorrer á necesitados de favor y que pasan por lances desdichados.

CAPITULO V.

Verificase el hurto; engaña tambien Rufina á Garay, y ambos unidos toman el camino de Madrid.

Con lo fingido de la historia, la cual traía Rufina bien pensada, comenzó á verter lágrimas, de manera que el buen Marquina se lo creyó todo, y la acompañó en el llanto: afectos todos del amor que en su pecho iba obrando la socarrona Rufina. Entre los dobleces del lienzo que enjugaba sus fingidas lágrimas daba lugar para que sus ojos pudiesen ver las acciones de Marquina; y viendo cuánto se compadecía de su pena y lo bien que había creído su mentida relación, se dió por ven-

cedora en la empresa que intentaba. Un buen rato estuvieron los dos, Rufina llorando, y Marquina consolándola, y aunque este consuelo no era á todo ofrecerle remedio, porque aun no había soltado las riendas á su avara condición para que la liberalidad la echase de su corazón; considerando su buena cara, su aflicción y habersele allí venido tan sin pensar, juzgó que el cielo se la trajo para gozo suyo. Era este el primer amor que Marquina había tenido, y en cualquiera persona esta pasión primera siempre viene con tantos accidentes, que excede á cuantas en este género hay en el discurso de una vida. ¿Ama Marquina? Sí, pues será liberal. ¿Admitió huésped? Pues saldrá mal de su agasajo. ¡Oh amor, pasión dulce, hechizo del mundo, embeleso de los hombres, cuántas transformaciones haces de ellos, qué de condiciones mudas, qué de propósitos desbaratas, qué de quietudes desasosiegas, qué de pechos descompone! El de este avaro hombre, conocido en esto por inhumano con sus prójimos, le trocó amor de manera, que hizo un liberal de un misero y un Alejandro de un Midas; parecióle bien Rufina, amóla y ya será señora de su voluntad y hacienda. Muchas cosas dijo Rufina en su relación, que pudieran dejar sospechoso á Marquina de ser falsa, si la afición con que la estaba oyendo no le cegara los ojos y cerrara los oídos para que del discurso no pudiera conocer que le iba engañando; porque si Leonardo se anticipara á hablar á su padre en el empleo, claro estaba que no le negara á Rufina, teniéndole ventajas al otro pretendiente en la voluntad que de parte de la dama tenía en su favor; con esto hubo otras cosas que la bachillera de Rufina no previno, y la pudieran dañar para no salir con su intento; contentese con haber hallado un amante, que por serlo creyera otras cosas menos verosímiles.

Lo que resultó de la bien llorada relación de Rufina fué que á toda rienda Marquina la ofreció su favor, su hacienda, su vida y su alma, haciéndola señora de todo y suplicándola fuese perdiendo la pena que tenía, que en casa estaba donde solo tratarían los que en ella asistían de servirla y darla gusto. Agradeció Rufina tan hidalgos ofrecimientos con nuevas lágrimas, que en ella era fácil el derramarlas, como en las mas mujeres cuando les importa, y con esto quedó señora absoluta de la voluntad de Marquina y de su hacienda, con horca y cuchillo para cuanto hacer quisiese de ella. El pensamiento de Marquina, enamorado de esta moza, era llegar á los brazos con ella, y caso que se resistiese despues de haber batallado con las dádivas y persuasiones, pertrechos fuertes de un verdadero amante, cuando á todo esto le estuviese rebelde, llevárselo por la vía de matrimonio, palabra que con la capa de honor que trae se rebozan muchas mujeres, aunque para algunas es tan corta, que les descubre sus defectos. El pensamiento de Rufina ya está dicho que tiraba con espada estafante á hacer una herida á este avariento, que le dejase palpitando, sin meterse en otros laberintos, si bien promesas de futuro y conciertos de consorcio para adelante no lo rehusaría ella, que era fácil en prometer; mas desde la burla